

SANGRE Y ARENA

Vicente Blasco Ibáñez

Se colocó frente al animal, que parecía aguardarle con las patas inmóviles, como si deseara acabar cuando antes su largo martirio. No quiso pasarle otra vez la muleta. Se perfiló con el trapo rojo junto al suelo y la espalda horizontal a la altura de sus ojos ... ¡A meter el brazo!

El público púsose en pie con rápido impulso. Durante unos segundos, hombre y fiera no formaron más que una sola masa, y así se movieron algunos pasos. Los más inteligentes agitaban ya sus manos, ansiosos de aplaudir. Se había arrojado a matar como en sus mejores tiempos. ¡Una estocada de verdad!

Pero de pronto, el hombre salió de entre los cuernos despedido como un proyectil por un cabezazo demoledor, y rodó por la arena. El toro bajó la cabeza y sus cuernos engancharon el cuerpo inerte, elevándolo un instante del suelo y dejándolo caer, para proseguir su carrera, llevando en el cuello la empuñadura de la espada hundida hasta la cruz.

Gallardo se levantó torpemente, y la plaza entera estalló en un aplauso ensordecedor, ansiosa de reparar su injusticia, ¡Ole los hombres! ¡Bien por el niño de Sevilla! Había estado bueno.